

ABEJA.

[Continúa.]

CAPITULO V.

QUE DICE COMO LA DUQUESA LLEVÓ Á ABEJA Y Á JORGE Á LA ERMITA,
Y EL ENCUENTRO QUE TUVIERON CON UNA VIEJA HORRIBLE.

Aquella mañana, que fué la del primer domingo después de Pascua, la duquesa salió del castillo sobre su gran alazán, llevando á su izquierda á Jorge de Blanchelande, caballero sobre un corcel de cabeza negra con una estrella en la frente, y, á su derecha á Abeja, que gobernaba con bridas color de rosa á su yegua baya. Iban á oír la misa de la Ermita. Soldados con sendas lanzas les formaban escolta, y la multitud se empujaba á su paso para admirarlos. Y en verdad que los tres iban muy hermosos. Bajo su velo con flores de plata, y con su manto flotante, la duquesa tenía un aire de majestad encantadora; y las perlas que bordaban su tocado despedían un brillo lleno de dulzura que sentaba muy bien al continente y al alma de tan bella persona. Cerca, al viento los cabellos y chispeante la mirada, Jorge tenía una simpática figura. Abeja, que cabalgaba del otro lado, dejaba ver un rostro, cuyos colores tiernos y puros, eran para los ojos una caricia deliciosa; pero nada más admirable que su blonda cabellera, que ceñida con una cinta de tres florones de oro, se esparcía sobre sus espaldas como el brillante manto de su juventud y su hermosura. Al verla decían las buenas gentes: "Ved una gentil señorita!"

El maestro sastre, el viejo Juan, tomó en sus brazos á su nieto Pedro, para enseñarle á Abeja, y Pedro, preguntó: ¿está viva ó es una imagen de cera? No concebía que pudiera ser tan blanca y tan bonita perteneciendo á la misma especie que él, el pequeño Pedro, con sus buenos mofletes tostados y su pardo camisolín sujetado rústicamente á la espalda.

Mientras que la duquesa recibía los homenajes con benevolencia, los dos niños descubrían la satisfacción de su orgullo, Jorge por su color encendido, Abeja por sus sonrisas. Por eso les dijo la duquesa:

—Estas buenas gentes nos saludan con afecto. Jorge ¿qué pensáis de ello? Y vos, Abeja?

—Que hacen bien, respondió Abeja.

—Y que es su deber, añadió Jorge.

—¿Y por qué creéis que es su deber? preguntó la duquesa.

Viendo que no le respondían, continuó:

—Os lo voy á decir. De padres á hijos, hace más de trescientos años, los duques de los Clarides defienden, lanza en mano, á estas pobres gentes, que les deben poder segar las mieses que han sembrado. Hace más de trescientos años, todas las duquesas de los Clarides hilan la lana para los pobres, visitan á los enfermos, y tienen á los recién nacidos sobre las fuentes del bautismo. Hé aquí por qué os han saludado, niños míos.

Jorge pensó: "Será necesario proteger á los labradores." Y Abeja: "Será necesario hilar la lana para los pobres."

Así platicando y pensando, caminaban entre praderas esmaltadas de flores. Montañas azuladas se destacaban en el horizonte. Jorge extendió la mano hacia el Oriente:

—¿No es, preguntó, un gran escudo de acero el que veo allá abajo?

—Es más bien un broche de plata, grande como la luna, dijo Abeja.

—No es un escudo de acero ni un broche de plata, niños míos, respondió la duquesa, sino un lago que brilla con el sol. La superficie de las aguas, que os parecen de lejos unidas como un espejo, están agitadas por innumerables oleadas. Los bordes de este lago, que creéis tan tersos como si estuviesen tallados en metal, están en realidad cubiertos de cañas coronadas de ligeros penachos, y de iris cuya flor es como una mirada humana entre espadas. Todas las mañanas un blanco vapor cubre el lago, que bajo el sol de medio día brilla como una armadura. Pero es preciso no acercarse; porque está habitado por las Ondinas, que atraen á los caminantes á su mansión de cristal.

En este momento oyeron la campana de la Ermita.

—Bajemos, dijo la duquesa, y vamos á pie á la capilla. Los reyes magos no se acercaron al pesebre ni sobre elefantes ni sobre camellos.

Oyeron la misa de la Ermita. Una vieja, horrorosa y cubierta con harapos, se había arrodillado al lado de la duquesa, quien al salir de la capilla le ofreció agua bendita, y le dijo:

—Tomad, madre mía.

Jorge se sorprendió.

—¿No sabéis, dijo la duquesa, que es preciso honrar en los pobres á los preferidos de Jesucristo? Una mendiga semejante á ésta os tuvo con el buen duque de Rochesnoires sobre las fuentes del bautismo; y vuestra hermanita Abeja tuvo igualmente á un pobre por padrino.

La vieja, que había adivinado los sentimientos del muchacho, se inclinó hacia él, riendo irónicamente y dijo:

—Os deseo, bello príncipe, que conquistéis tantos reinos cuantos he perdido. Fui reina de la Isla de las Perlas y de las Montañas del Oro; tenía todos los días catorce clases de pescados en mi mesa, y un negro llevaba la cola de mi manto.

—¿Por cuál desgracia perdisteis vuestras islas y vuestras montañas, buena mujer? preguntó la duquesa.

—Me disgusté con los Enanos, que me llevaron lejos de mis Estados.

—¿Los Enanos tienen tanto poder? preguntó Jorge.

—Viven bajo la tierra, respondió la vieja, conocen las virtudes de las piedras, trabajan los metales y descubren las fuentes.

La duquesa:

—¿Y qué les hicistéis que los disgustastéis, madre?

La vieja:

—Vino uno de ellos, en una noche de Diciembre, á pedirme permiso para preparar una gran cena en las cocinas del castillo, que más vastas que una sala capitular, estaban amuebladas de cacerolas, sartenes, cazos, calderos, vasijas para calentar agua, hornos de campaña, parrillas, graceros, cocineras, pescaderas, fuentes, moldes para pastelería, cántaros de cobre, vasijas de oro y plata y de diferentes colores, sin contar el azador de fierro artísticamente forjado, y la marmita amplia y negra, suspendida á la cremallera. Me prometió no perder ni deteriorar nada. Le rehusé, sin embargo, lo que me pedía, y se retiró murmurando siniestras amenazas. Tres noches después (era Noche Buena), el mismo enano volvió al aposento en que yo dormía; venía acompañado de una infinidad de otros que, arrancándome de mi lecho, me llevaron en camisa á una tierra desconocida.

—Ved, dijeron dejándome, ved el castigo de los ricos que no quieren compartir sus tesoros con el pueblo laborioso y dulce de los Enanos, que trabajan el oro y hacen brotar las fuentes.

Así habló la desmolada vieja, y la duquesa, habiéndola consolado con palabras y dinero, volvió á tomar, con los dos niños, el camino del castillo.

CAPITULO VI.

QUE TRATA DE LO QUE SE VE DESDE LA TORRECILLA DE LOS CLARIDES.

Poco tiempo después, un día, subieron Abeja y Jorge, sin que los vieran, por la escalera de la torrecilla que se levanta en medio del castillo de los Clarides. Cuando estuvieron en la azotea gritaron muy recio y palmotearon las manos.

Su vista se extendía sobre las planicies cortadas en cuadros pequeños, amarillentos ó verdes, de los campos cultivados. Los bosques y las montañas azuleaban en el lejano horizonte.

—Hermanita, exclamó Jorge, hermanita, mirad la tierra entera!

—Es muy grande, dijo Abeja.

—Mis profesores, repuso Jorge, me habían enseñado que era grande; pero como dice Gertrudis, nuestra aya, hay que verlo para creerlo. Dieron la vuelta á la azotea.

—Ved una cosa maravillosa, hermanito, exclamó Abeja. El castillo está situado en medio de la tierra, y nosotros, que estamos sobre la torrecilla que se halla en medio del castillo, nos encontramos en medio del mundo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

En efecto, el horizonte formaba al rededor de los niños un círculo, del cual la torrecilla era el centro.

—Nosotros estamos en medio del mundo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! repitió Jorge.

Después, los dos se miraron y se quedaron pensativos.

—¡Que desgracia que el mundo sea tan grande! dijo Abeja. ¡Se puede uno perder y estar separado de sus amigos!

Jorge alzó los hombros.

—¡Que dicha que el mundo sea tan grande! se pueden buscar aventuras. Abeja, yo quiero, cuando sea grande, conquistar esas montañas que están hasta el fin de la tierra. Ahí donde se levanta la luna; le saldré al paso y te la daré, mi Abeja.

—Eso es, dijo Abeja, me la darás y me la pondré en mis cabellos.

Después se ocuparon de buscar, como sobre una carta, los puntos que les eran familiares.

—Los reconozco muy bien, dijo Abeja, (que no los reconocía del todo), pero no adivino qué puedan ser esas pequeñas piedras cuadradas, esparcidas sobre la planicie.

—¡Las casas! le respondió Jorge; son las casas. ¿No reconoces, hermanita, á la capital del ducado de los Clarides? Sin embargo, es una gran ciudad: tiene tres calles, de las cuales una es para coches. Las atravesamos la semana pasada para ir á la Ermita. ¿Te acuerdas?

—¿Y ese arroyo que serpentea?

—Es el río. Ved, allá abajo, el viejo puente de piedra.

—¿El puente bajo el cual pescamos cangrejos?

—El mismo, y que tiene en un nicho la estatua de la "Mujer sin cabeza." Pero no se le ve desde aquí, porque es muy pequeña.

—Me acuerdo. ¿Por qué no tiene cabeza?

—Pues probablemente porque la ha perdido.

Sin decir si la satisfacía esta explicación, Abeja contemplaba el horizonte.

—Hermanito, Hermanito, ¿ves tú lo que brilla del lado de las montañas azuladas? ¡Es el lago!

—¡Es el lago!

Se acordaron entonces de lo que la duquesa les había dicho de sus aguas peligrosas y bellas, donde las Ondinas tienen su mansión.

—¡Vamos allá! dijo Abeja.

Esta resolución desconcertó á Jorge, quien, abriendo mucho la boca, exclamó:

—La duquesa nos ha prohibido salir solos ¿y cómo iríamos á este lago, que está hasta el fin del mundo?

—Como iríamos, no lo se yo. Pero tú debes saberlo, tú que eres hombre y que tienes maestro de gramática.

Jorge, picado, respondió que se podía ser hombre y al mismo tiempo un hombre instruido, sin saber todos los caminos del mundo. Abeja tomó un airecillo desdeñoso, que lo hizo enrojecer hasta las orejas, y dijo en tono seco:

—No he prometido conquistar las montañas azuladas y descolgar á la luna. No se el camino de los lagos, pero lo encontraré.

—Ja! ja! ja! exclamó Jorge esforzándose por reír.

—Os reís como un tonto, señor.

—Abeja, los tontos no rien, ni lloran.

—Si rien, han de reír como vos, señor. Iré sola al lago. Y mientras descubro las bellas aguas que habitan las Ondinas, os quedaréis solo en el castillo como una jovencita. Os dejaré mi telar y mi muñeca. Cuidaréis mucho, Jorge: cuidaréis mucho de ella.

Jorge tenía amor propio. Fué sensible á la burla que le hacía Abeja. Bajó la cabeza, muy sombrío, y exclamó con voz sorda:

—¡Pues bien! ¡iremos al lago!

CAPITULO VII.

DONDE SE DICE CÓMO ABEJA Y JORGE FUERON AL LAGO.

Al día siguiente, después de la comida, cuando la duquesa se hubo retirado á su aposento, Jorge tomó de la mano á Abeja.

—¡Vamos! le dijo.

—¿Adónde?

—¡Chist!

Bajaron la escalera y atravesaron los patios. Cuando hubieron pasado la poterna, Abeja preguntó por segunda vez adonde iban.

—¡Al lago! respondió resueltamente Jorge.

La señorita Abeja abrió mucho la boca y permaneció callada. ¡Ir tan lejos y sin permiso, y con zapatos de raso! Porque sus zapatos eran de raso. ¿Sería esto razonable?

—Es preciso ir y no es necesario que sea razonable.

Tal fué la sublime respuesta de Jorge á Abeja. Ella le había hecho burla y sin embargo ahora se asombraba..... En esta vez él fué quien la envió desdeñosamente á sus muñecas.

Las jóvenes impulsan á las aventuras y luego se arrepienten. ¡Vaya! ¡el ruin carácter! ¡Quédese si gusta la señorita! Iría solo.

Abeja tomó el brazo de Jorge, que la rechazó.

Echóle los brazos al cuello:

—¡Hermanito! dijo sollozando, te seguiré.

Tanto arrepentimiento, lo conmovió.

—Ven, repuso, pero no pasemos por la ciudad, porque nos pueden ver. Vale más seguir las murallas y ganar el camino real por las veredas.

Iban cogidos de la mano. Jorge explicaba el plan que había formado.

—Seguiremos, decía, el camino que tomamos para ir á la Ermita; no dejaremos de percibir el lago, como lo hemos percibido otras veces, y entonces nos volveremos á través de los campos, en línea de abeja.

En línea de abeja, es una agreste y hermosa manera de decir en

línea recta; pero se pusieron á reír á causa del nombre de la joven, que seguía firme en su propósito.

Abeja cortó flores á la orilla del foso; eran flores de malva, cardos blancos, estrellas de mar y navidades, con las que formó un ramo; en sus manecitas las flores se marchitaban á la simple vista, y cuando Abeja pasó por el viejo puente de piedra, languidecían al mirarla. Como no sabía que hacer con su ramo, tuvo la idea de arrojarlo al agua para refrescarlo; pero prefirió darlo á la "Mujer sin cabeza."

Rogó á Jorge la levantara en sus brazos para estar más grande, y depositó su ramo de flores agrestes, entre las manos juntas de la vieja estatua de piedra.

Cuando estuvo lejos, volvió el rostro y vió una paloma sobre los hombros de la estatua.

Después de andar algún tiempo, Abeja dijo:

—Tengo sed.

—Yo también dijo Jorge, pero el río está lejos, atrás de nosotros, y no veo ni fuentes ni arroyos.

—El sol, que quema, los habrá secado. ¿Qué vamos á hacer?

Así hablaban y se lamentaban, cuando vieron venir á una campesina, que llevaba frutas en un canasto.

—¡Cerezas! exclamó Jorge. Que desgracia que no tenga dinero para comprar.

—¡Yo tengo dinero! dijo Abeja.

Sacó de su faltriquera una bolsa conteniendo cinco monedas de oro, y se dirigió á la campesina:

—Buena mujer, le dijo, ¿querríais darme tantas cerezas cuantas pueda contener mi vestido?

Al decir esto, levantó con las dos manos la orilla de su enagua. La campesina arrojó dos ó tres puñados de cerezas. Abeja tomó con una mano su enagua recogida, con la otra dió una moneda de oro á la mujer, y le dijo:

—¿Basta con esto?

La campesina tomó la moneda de oro, que hubiera pagado con ventaja todas las cerezas del canasto, con el árbol que las había producido y el terreno donde el árbol estaba plantado. Y la rústica contestó:

—No pido más por complaceros, princesita mía.

—Entonces, continuó Abeja, poned más cerezas en el sombrero de mi hermano y tendréis otra moneda de oro.

Así lo hizo. La campesina continuó su camino, preguntándose en qué media de lana, ó en el fondo de qué jergón, ocultaría sus dos monedas de oro. Y los niños siguieron su camino; comían cerezas y arrojaban los huesos á diestra y siniestra. Jorge buscaba las cerezas que estaban unidas de dos en dos, por el rabito, para colgarlas en las orejas de su hermana, y reía al ver estas bonitas frutas gemelas, de bermeja carne, balancearse sobre las mejillas de Abeja.

Un guijarro detuvo su camino alegre. Se le metió en el zapato á Abeja que se puso á cojear. A cada salto que daba, sus blondos bucles se agitaban sobre sus mejillas, fué así cogeando y se sentó en el declive del camino. Ahí, su hermano, se arrodilló á sus piés, le quitó el zapato de raso; lo sacudió y salió un pequeño guijarro blanco.

Entonces, mirando sus piés, ella dijo:

—Hermanito, cuando volvamos al lago, nos pondremos botas.

El sol inclinábase ya en el radioso firmamento; un soplo de brisa acariciaba las mejillas y el cuello de los juvenes viajeros, quienes, refrescados y reanimados prosiguieron con ahinco su viaje. Para caminar mejor, cantaban cogidos de la mano, y reían al ver, frente á ellos, agitarse sus dos sombras juntas.

Pero Abeja se detuvo, y gritó:

—¡He perdido mi zapato, mi zapato de raso!

Y esto había sucedido. El zapatito, cuyos cordones de seda se habían aflojado en el viaje, yacía todo podrido en la ruta.

Entonces miró hacia atrás, y viendo las torres del castillo de los Clarides envueltas en la lejana bruma, sintió estrecharse su corazón y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Los lobos nos comerán, dijo; y no nos verá más nuestra madre, y morirá de pena.

Pero Jorge le puso su zapato y le dijo:

—Cuando la campana del castillo llame á comer, estaremos de regreso en los Clarides. ¡Adelante!

Y continuaron cantando.

—¡El lago! Abeja, ve: ¡el lago, el lago, el lago!

—Sí, Jorge, el lago!

Jorge gritó: ¡hurra! y arrojó al aire su sombrero. Abeja vacilaba para arrojar igualmente su cofia; pero el zapato que no hacía mucho se había quitado; lo arrojó encima de su cabeza en señal de regocijo. Allí estaba el lago en el fondo del valle, cuyas pendientes circulares for-

maban con las argentadas ondas, una gran corte de follaje y de flores. Ahí estaba, tranquilo y puro, y se veía pasar un arroyuelo sobre la verduza, todavía confuso en sus riberas. Pero los dos niños no descubrían en la arboleda ningún camino que los llevara á sus bellas aguas.

Mientras buscaban uno, fueron mordidos en las pantorrillas por los gansos, que seguía una niña, vestida con piel de carnero, y con una vara en la mano. Jorge le preguntó cómo se llamaba.

—Gilberta.

—Y bien, Gilberta, ¿cómo se va al lago?

—No se va.

—¿Por qué?

—Porque.....

—¿Pero si se fuera?

—Si se fuera habría un camino, y se tomaría ese camino.

Nada había que responder á la cuidadora de gansos.

—Vamos, dijo Jorge, encontraremos, sin duda, más lejos, un sendero por el bosque.

—Ahí cortaremos nueces, dijo Abeja, y las comeremos porque tengo hambre. Será preciso cuando volvamos al lago, traer una maleta llena de buenas cosas de comer.

Jorge:

—Haremos lo que tú dices, hermanita; ahora apruebo al escudero Francœur, quien, cuando partió para Roma, llevó un jamón para el hambre y una jarra para la sed. Pero apresuremonos, porque me parece que el día avanza, aunque no sé la hora.

—Los pastores la saben mirando al sol, dijo Abeja; pero yo no soy pastora. Me parece no obstante, que el sol, que cuando salimos, estaba sobre nuestras cabezas, está ahora allá abajo, muy atrás de la ciudad y del castillo de los Clarides. Es necesario saber si así sucede todos los días y qué significa esto.

Mientras que observaban el sol, una nube de polvo se levantó sobre el camino, y percibieron unos caballeros que avanzaban á toda rienda y cuyas armaduras brillaban. Los niños tuvieron mucho miedo y se fueron á ocultar en las malezas. Serán ladrones ó más bien monstruos, pensaron. En realidad eran guardas, que la duquesa de los Clarides había enviado, para buscar á los dos pequeños aventureros.

Los dos pequeños aventureros encontraron en la maleza un sendero estrecho, que de ningún modo era un sendero de enamorados, porque

por ahí no podían caminar de dos en fondo, tenidos de la mano á la manera de novios. Tampoco se encontraban las huellas de pasos humanos. Se veía solamente el hueco dejado por una infinidad de pequeños piés hendidos.

—Estos son piés de diablillos, dijo Abeja.

—O de ciervos, dijo Jorge.

La cosa no estaba esclarecida. Pero lo que había de cierto era, que el sendero descendía en suave pendiente hasta la orilla del lago, que se presentó á los dos niños, con su lánguida y silenciosa belleza. Las cañas balanceaban sobre las aguas, sus espigas flexibles y sus delicados penachos, y formaban tembladoras islas, al rededor de las cuales, los nenúfares brillaban con sus hojas en forma de corazón, y con sus flores de blancos pétalos. Sobre estas floridas islas, las señoritas con corsé de esmeralda ó de zafir y con alas de fuego, trazaban con su vuelo estridente, curvas bruscamente quebradas.

Y los dos niños mojaban con delicia sus ardientes piés en la húmeda arena ó cortaban el espeso follaje y los cardos espinosos. La caña aromática les enviaba sus perfumes desde su tallo humilde y á su rededor, el plátano desenrollaba sus hojas dentelladas, en la orilla de las aguas dormidas, que esmaltaba el laurel con sus flores violáceas.

CAPITULO VIII.

DONDE SE VE LO QUE SUCEDIÓ Á JORGE DE BLANCHELANDE POR HABERSE APROXIMADO AL LAGO QUE HABITABAN LAS ONDINAS.

Abeja avanzó sobre la arena entre dos bosques de sauces, y delante de ella el pequeño Genio del lugar, saltó en el agua, dejando en la superficie círculos que crecieron y que se borraron. Este genio era una pequeña rana verde, con vientre blanco. Todo callaba: un viento fresco soplabá sobre el lago cristalino, del que cada onda tenía el pliegue gracioso de una sonrisa.

—¡Qué lindo es el lago! dijo Abeja; pero mis piés sangran en mis zapatitos desgarrados, y tengo mucha hambre. Quisiera mejor estar en el castillo.

—Hermanita, dijo Jorge, siéntate sobre la hierba. Voy, para refrescarte, á envolver tus piés en hojas; después iré á buscar que comer.

Vi allá arriba, cerca del camino, zarzales todos cuajados de moras. Te traeré en mi sombrero las mejores y las más azucaradas. Dame tu pañuelo; pondré en él fresas, porque hay fresales aquí cerca, á la orilla del sendero y á la sombra de los árboles. Y llenaré mis bolsillos de nueces.

Arregló al borde del lago, bajo un sauz, un lecho de musgo para Abeja, y partió.

Abeja, tendida sobre su lecho de musgo, con las manos juntas vió las estrellas que alumbraban temblando en el cielo pálido; después sus ojos se medio cerraron; sin embargo, le parecía ver en el aire á un pequeño Enano montado sobre un cuervo. No era esto una ilusión. Habiendo estirado las riendas que mordía el pájaro negro, el Enano se detuvo arriba de la jóven y fijó en ella sus ojos redondos! En seguida partió con gran vuelo. Abeja vió confusamente estas cosas y se durmió.

Dormía cuando volvió Jorge con su provisión, que depositó cerca de ella. Descendió á la orilla del lago temiendo despertarla. El lago dormía bajo su delicada corona de follaje. Un ligero vapor se arrastraba muellemente sobre las aguas. De repente, la luna apareció entre las ramas; luego, las ondas fueron salpicadas de chispas.

Jorge vió bien que estas luces que alumbraban las aguas, no todas eran el reflejo quebrado de la luna, porque notó que las llamas azuladas, avanzaban dando vueltas con ondulaciones y balanceos, como si danzaran en rondas. Reconoció muy pronto que estas llamas temblaban sobre frentes blancas, sobre frentes de mujeres. Poco tiempo después, bellas cabezas coronadas de algas y de petoncos, de espaldas sobre las cuales se esparcían verdes cabelleras, de pechos brillantes de perlas, y donde se deslizaban los velos, se levantaron arriba de las ondas. El niño reconoció á las Ondinas y quiso huir. Pero ya las de los brazos pálidos y fríos lo habían asido y fué llevado, á pesar de sus esfuerzos y de sus gritos, á través de las aguas, á las galerías de cristal y de pórfido.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

ROMEO Y JULIETA.

(DE SHAKESPEARE.)

FRAGMENTO DE LA ESCENA V DEL ACTO III.

Huerto en la casa de Capuleto. Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA.

¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.
Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cuál de las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfría
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Bien sé que matutina luz no es esa:
Ha de ser metéoro que el ausente
Sol esta noche á que te alumbre envía
El camino de Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;